

ILUSTRACION CATOLICA

LA HORMIGA DE ORO.



CATALUÑA: Santuario de Nuestra Señora de Nuria.—Momento de hacer el reparto de las «farinetas».—(Fotog. Boixadera)

Número 30

Barcelona 26 julio 1913

20 CENTIMOS

IMPORTANTE REGALO

Lujoso álbum de vistas de Barcelona, tamaño 28×18 centímetros, conteniendo 160 páginas de magníficos fotograbados en buen papel couché, ricamente encuadernado en tela y oro, cordón de seda, cuyo precio es de pesetas 7. Se remitirá por correo certificado contra envío de pesetas **3.50.**

NOTA.—Como este precio responde a un plan de propaganda de turismo de la hermosa capital catalana, cada lector o suscriptor sólo tiene derecho a un ejemplar.

Pedidos a **EMILIO CANET**

Calle de la Boqueria, núm. 23, **BARCELONA**

LA VEJEZ PREMATURA

El que hace vida crapulosa, sin dormir las horas indispensables por falta de tiempo, por la fiebre de la juventud; el que no satisface las imperiosas necesidades de la vida, este no puede vivir, gasta más de lo que ingresa, decaen las fuerzas, aniquila el organismo y sobreviene la anemia y la debilidad, con espantos de sangre, tos, disnea al andar, malas digestiones, sueño intranquilo, palpitaciones, etc.; este envejecido antes de tiempo es la caja de Pandora, está al borde de la tisis. La oportuna indicación del médico «Toma Jarabe de Hipofosfitos Salud» le devuelve el vigor disipado en excesos y bacanales. No ha de extrañar que por agradecimiento estos viejos prematuros rejuvenecidos por el Jarabe de Hipofosfitos Salud recomienden este preparado a los caquéticos y degenerados.

Veintidós años de maravillosos resultados.—Si se ofrece algún similar rechácese; la oferta es interesada.

NO MAS VELLO

POLVOS COSMÉTICOS de FRANCH



BORRELL Hnos., Asalto, 52, Barcelona

RECOMENDADO POR FARMACIA CERTIFICADO ANTICRIPAL Y PPA 40.

LIBRO IMPORTANTÍSIMO

COSAS DE NIÑOS

por el insigne pedagogo cristiano de Huelva
que ha asombrado con la presentación en Madrid
de los niños de su escuela

Un tomo de 222 páginas, 2 ptas.; por correo, 5 cént. más.
Los pedidos al señor Administrador de «La Hormiga de Oro.» Apartado núm. 26, Barcelona.

COMPRAD
LEED
DIFUNDID

Explotadores y explotados

por Juan del Pueblo — Lecturas sociales — Serie primera

Libro importantísimo para los obreros y todos cuantos se preocupan de su mejoramiento social.— Un tomo de 212 páginas, 75 céntimos; por correo, 80.

De venta en la librería «La Hormiga de Oro», plaza de Santa Ana, 26, Barcelona.

AGREDITADOS TALLERES VICENTE TENA

— del escultor —

Imágenes, altares y toda clase de carpintería religiosa. Actividad demostrada en los múltiples encargos, debido al numeroso é instruido personal. No se construyen trabajos de tercera clase ni se admiten contratos a plazos. Para la correspondencia dirigirse a **VICENTE TENA, ESCULTOR, VALENCIA**

LA HORTIGA DE ORO

Ilustración Católica

Fiel á las enseñanzas de la Iglesia, somete todos sus escritos á la Censura Eclesiástica

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España, un año, 10 ptas.—Seis meses, 5

Año XXX—Sábado 26 julio 1913—Núm. 30

OFICINAS DE ADMINISTRACIÓN
Plaza de Santa Ana, núm. 26, Barcelona



BARCELONA.—Bendición y colocación de la primera piedra del nuevo templo que se ha de construir en la residencia de los PP. Carmelitas en la Gran Vía Diagonal.—(Fotog. Baguñá y Cornet)



I
ENTRE los estudiantes que frecuentaban las aulas de la Universidad de Cisneros por los años de 1527, hallábase uno a quien sus compañeros apodaban *el del sayal*. Apellidábanle así por la ropa de que usaba: porque no vestía el traje usual en los de su clase, el manto y bonete clásicos, sino una túnica de sayal de color pardillo, desvaído y lacio. Andaba desnudo de pie y pierna y la cabeza descubierta y expuesta a los rigores e inclemencias de la intemperie. Frisaría en los treinta y cinco de su edad, y según le pintan los historiadores coetáneos que de cerca le trataron, era de estatura mediana, o por mejor decir, algo pequeña, rostro autorizado, frente ancha y desarrugada, nariz aguileña, blanca tez, ingenio claro y despierto.

A menudo daba origen, sin pretenderlo ni buscarlo, a disputas acerbadas y acaloradas entre los moradores de Alcalá. Época fué aquella agitada y revuelta. El grito de rebeldía del disoluto fraile sajón encontró resonancia en más de la mitad de Europa, que hervía ya en guerras religiosas; y si España no era teatro de ellas y se mantenía en paz, debíase al brazo de hierro de los gobernantes y a la solicitud del Santo Tribunal de la Inquisición, que ahogaba en flor toda novedad perniciosa. Pero el mismo peligro hacía a las gentes cautas y que mirasen con recelo lo que salía del camino trillado. De aquí que no todos en Alcalá se fiasen del estudiante del sayal y le tildaran por lo menos de novelero.

No le faltaban panegiristas y hábiles abogados que se apoyaban para defenderle en un argumento de solidez incontestable: Sentencia es de Jesucristo — decían — que por los frutos se conoce el árbol: pruébese en la piedra de toque de las obras su conducta y fállese luego sin apasionamientos la causa. Sus exhortaciones rebosan piedad; sus pláticas son de Dios; sus consejos discretísimos; notoria su pobreza; su amor a la Cruz innegable; continuos sus ayunos y asperezas, y su humildad raya en portento. Váyase a las iglesias, y en ellas se le encuentra hincado de rodillas con tal recogimiento que semeja la efigie de la modestia; al Hospital, y en él se le ve haciendo oficio de madre tierna con los enfermos regalándoles y derramando sobre su corazón lacerado el bálsamo del consuelo. Donde hay lágrimas, allí como ángel tutelar vuela a enjuagarlas; donde heridas, allí corre a cicatrizarlas; donde amarguras, allí acude para endulzarlas, y no se dará lástima que, pudiendo, no remedie. Sólo es enemigo jurado, irreconciliable y franco del vicio, que combate con todo el empuje de su brioso carácter.

Mas este razonamiento se estrellaba en la roca de la duda. — ¡Quién sabe! — respondían sus émulo: que el espíritu de las tinieblas se transfigura en ángel de luz para engañar a los simples y el lobo rapaz se cubre con piel de oveja para hacer a mansalva riza en el redil del buen pastor: y aquél es más taimado e hipócrita que, siendo un infame, logra disfrazarse mejor con la careta de santo. Sabíase que el Tribunal eclesiástico había tomado cartas en el asunto y que, a pesar de que en el escrupuloso examen nada resultó contra *el del sayal*, espiaba sus pasos y no le perdía de vista para cargarle de hierros al primer atisbo de herejía.

II

Vivía por entonces en Alcalá López de Mendoza, caballero de sangre limpia y noble linaje, aunque de condición desabrida, de humor desigual y amargo y de conducta poco cristiana. Estaba enconado con *el del sayal* por haberle éste con entereza y santa libertad reprendido sus desórdenes y afeado sus liviandades, sin parar respetos al brillo de sus blasones ni al polvo de sus ejecutorias. — ¡No faltaba más! — repetía Mendoza a impulso del amor propio vivamente herido. — ¡Que un hambriento sopista se atreva a censurar a un caballero de mi alcurnia!

Aguijado por este resentimiento hacía coro con los detractores del estudiante, pregonando a roso y velloso que era un hereje solapado, discípulo de Lutero, sectario de su doctrina; y que para mejor diseminar la semilla del error y emponzoñar las almas se encubría con la máscara de piedad. En cierta ocasión jugaba López de Mendoza con otros de su calidad a la pelota, a presencia de muchos curiosos, cerca de la puerta del Vado, cuando acertó a pasar por allí *el del sayal*, a quien acompañaba un piadoso sacerdote, llamado Juan de Lucena. Iban pordioseando, por mandato del Vicario general del Arzobispo de Toledo, a fin de recaudar lo suficiente para que *el del sayal* pudiera cambiar su vestido con otro de estudiante. Llegóse el Lucena a uno de la concurrencia en demanda de limosna. Vió el enojadizo Mendoza, y movido de su áspero natural exclamó desenfadadamente: — Me admiro mucho que un hombre de ese carácter pida limosna para un hipócrita y alborotador. *Quemado muera yo, si este no merece ser quemado.*

Palabras fueron éstas que hicieron renacer entre los circunstantes la contienda que tan a menudo se promovía, enalteciendo unos y condenando sin misericordia otros *al del sayal*: palabras que al parecer se desvanecieron y disiparon en el viento, pero que realmente subieron muy alto, hallando eco en el mismo Corazón de Cristo, que no había de tardar en volver por la honra de su fiel servidor.

III

Bien tuvieron que hacer las postas y correos por el mes de Mayo de 1527 para llevar a las más apartadas comarcas y lugares de la Península la feliz nueva del nacimiento de Felipe II, hijo del invicto y muy poderoso Emperador Carlos V. Inútil es encarecer el júbilo de los vasallos; que eran edades aquellas en que la devoción y lealtad del Monarca tenían hondas raíces en los súbditos, que miraban a los Reyes como representantes de Dios, amparados por la protección de lo alto, y guarnecidos con el escudo impenetrable de la Autoridad divina. Así que a porfía se dispusieron en todas partes a celebrar noticia tan halagüeña con músicas y zambras, cañas y toros, justas y torneos.

Alcalá, que se distinguía por su afecto y adhesión inquebrantable a los Príncipes, no había de rezagarse en aquellas demostraciones universales de regocijo. Nobles, hijosdalgo, hombres buenos, pecheros, sabios e ignorantes rivalizaron en dar esplendor y lucimiento a los festejos. Pero singularmente Mendoza, espoleado por el afán de sobresalir y de provocar la envidia en unos, el desdicho en otros, la admiración en todos, echó mano de cuantos recursos le inspiraba su fantasía y le permitía su fortuna. Hízose, entre otras cosas, con grande cantidad de pólvora, que mandó subir a la azotea de su palacio, para disparar tiros de arcabuz y preparar ciertos divertimientos. Y cuando más embelesado estaba en ellos, quiso su mala estrella que una chispa del arcabuz saltase al inmenso montón de pólvora que a sus pies tenía. Inflamóse como centella, y la horrible llama envolvió y abrasó al incauto caballero, que fuera de sí, y lanzando gritos desgarradores corrió a arrojar al estanque de su jardín. ¡Diligencia vana! A los pocos instantes expiraba medio carbonizado entre agudos dolores, que le hacían retorcerse como víbora y prorrumpir en lamentos que partían el alma.

Cundió la noticia del fatal siniestro por la población, causando diversas impresiones; sus amigos mostraron sentirlo mucho y que aquel inoportuno percance viniera a enturbiar su gozo; sus émulo se alegraron de que desapareciera un hombre que les hacía sombra y ponía a cada paso asechanzas a su vida, mácula en su fama, quiebras en su valor; las personas sensatas no se admiraron del fin trágico de Mendoza, que lo habrán adivinado al ver su vida desgarrada y rota. ¿Y *el del sayal*? ¡Ah! *El del sayal* alzó sus ojos arrasados en lágrimas al cielo y, como si contemplara celestial aparición, dijo con sentido acento: — ¡Señor, yo no lo quería; bien lo sabéis Vos! El se lo buscó y llevó su merecido.

Aquel despreciado estudiante por quien el cielo sacó la cara, había de brillar en los siglos venideros con vivos resplandores y fúlgidos destellos de santidad y perfumar el mundo con las ricas esencias de sus virtudes. La Historia profana, haciendo justicia a su valor en la tenaz defensa del castillo de Pamplona, escribió su nombre con caracteres inmortales en sus páginas de luz inextinguible. El siglo de oro de nuestra Patria, tan fecundo en preclaros varones, le presenta como insigne aun entre los primeros y esclarecidos de sus hijos. El oráculo infalible del Vaticano declaró que su pecho atesoraba un corazón más vasto que el mundo entero. La Iglesia rodeó sus sienes con la aureola de los bienaventurados y colgó de sus hombros la venera de santidad. Mil sabios, honra

y prezo de la ciencia, le apellidan Padre, confesando que le deben los tesoros y riquezas inagotables de su saber. Innumerables santos recibieron de él aliento y bríos para subir a la cumbre de la perfección. Un ejército de mártires, sintiendo los influjos soberanos y benéficos de su espíritu, no titubeó en inmolar las vidas y verter la sangre por propagar y defender la fe de Cristo. Y si aun hoy, a pesar del vasto sudario de muerte con que la indiferencia envuelve a la tierra, recorréis las nebulosas regiones del Norte y las encantadoras florestas del Mediodía, los tostados arenales del Africa y las vírgenes soledades de América, oiréis a millares de lenguas bendecir su nombre; el nombre dulce y hermoso, el nombre henchido de suavidad y armonía de San Ignacio de Loyola.

ANTONIO PÉREZ, S. J.



BARCELONA.—La imagen de Nuestra Señora del Carmen que presidió el acto de la bendición de la primera piedra de la nueva iglesia de los PP. Carmelitas.—(Fotog. J. Soler)

MOSAICO

Un periódico protestante dando lecciones a nuestros «católicos» gobernantes.—Dice *Le Protestant Valentin*: «Resolver el importante problema de la educación sin recurrir al poder bienhechor de la fe religiosa es imposible, resultando ineficaces las ideas de solidaridad y de humanidad en que pretender fundamentar los maestros laicos su sistema de educación moral. Es preciso que el alma del niño tenga conciencia de la existencia de un Dios, Juez Supremo de las criaturas, y que a esta creencia se una la certidumbre de una vida eterna, y sólo así podrá asentarse la base indestructible de la verdadera moral».

M. Lépine y la trata de blancas.—En la última Conferencia internacional contra la trata de blancas, que se celebró en París, pronunció un notable discurso sobre la represión de este escándalo el que entonces era aún Prefecto de Policía de aquella capital, y que hace poco pidió su jubilación. En el citado discurso dijo M. Lépine las siguientes palabras:

«Es preciso atajar el mal e impedir sobre todo que haga víctimas inocentes. En este delicadísimo asunto tiene el Estado una misión importante que desempeñar, y por

eso deploro que el Estado sea amoral, y añadiré que no sea religioso (*Aplausos*).

»Pero el Estado moderno es amoral y arreligioso. A veces, sin embargo, se mezcla en cuestiones religiosas; pero es, por desgracia, en contra de la religión; siendo esto causa de que germinen en el corazón de los niños fermentos detestables.» (*Nuevos aplausos*).

Estas declaraciones del Prefecto de Policía causaron honda impresión en la numerosa y selecta concurrencia que asistía al acto.

Flores anticlericales. Sobre una Comunión de niños, dice Nakens:

«Se me asegura que entre esos niños figuraban algunos cuyos padres se las echan de liberales, republicanos, socialistas y hasta anarquistas.

No me propaso a dudarlo, porque esto ha pasado, pasa y pasará en muchas partes.

En esto, aunque me duela confesarlo, reconozco que los clericales son más decentes: nunca se mezclan con nosotros para nada».

Que somos decentes, no lo puede negar don José.

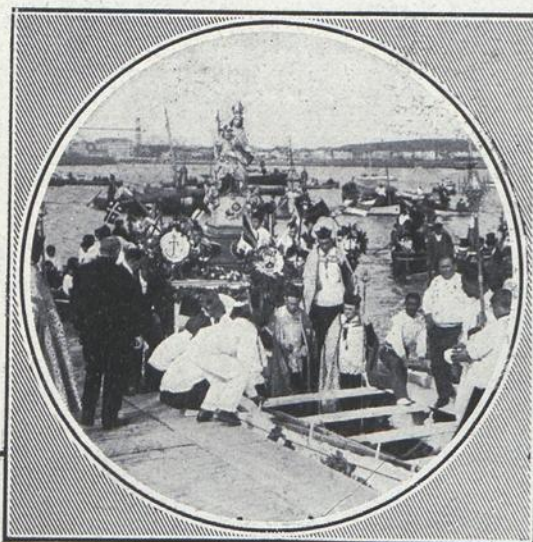
Y que esos padres son, por dicha de sus hijos, unos grandísimos hipócritas, ni lo niega don José ni lo negamos nosotros.—(*El Pilar*)



BILBAO.—La preciosa imagen de la Virgen del Carmen en la procesión celebrada el día 16

LA FIESTA DEL CARMEN

La brillante fiesta religiosa celebrada en el Carmelo de Begoña el día 16 del actual fué digno remate del solemne novenario que se ha venido celebrando en honor de la Santísima Virgen del Carmen con gran concurrencia de fieles. A las diez llegó al templo el Ayuntamiento, las Comisiones de la Marina de Guerra y Mercante y otras representaciones. La capilla cantó una misa del maestro D. Luis Arcaraz. La oración sagrada estuvo a cargo del reverendo P. Daniel de la Encarnación, del convento de Burgos. Al final de la Misa un nutrido coro interpretó el *Tantum ergo* del Rdo. P. Otaño. Por la tarde se organizó la solemne procesión a la que asistió el Ayuntamiento.



EN BILBAO Y SANTURCE

Como en años anteriores se celebró en Santurce la típica procesión marítima. El muelle se hallaba ocupado por un gran gentío y por todo el puerto pululaban numerosas embarcaciones de todas clases adornadas con flores y banderas. En la iglesia parroquial se rezó el Santo Rosario, y acto seguido dió comienzo la procesión para trasladar la imagen de la Santísima Virgen del Carmen a la embarcación con la cual recorrió el puerto. La salida de la Virgen fué un acto hermoso, promoviéndose un maremagnum de ruidos de cohetes, sirenas, vivas y aclamaciones, confundidos con las notas de la Banda. Se hizo el trayecto acostumbrado por todo el puerto.



SANTURCE.—Aspecto del puerto al llegar la imagen de la Virgen.—(Fotogs. Klaus)
La procesión, presidida por las autoridades, que después de recorrer el puerto se dirige a la población



El Emmo. Cardenal Arzobispo

En la villa de Dos-Hermanas, próxima a Sevilla, existía en ruinas, desde hace cuatro años, la capilla de San Sebastián, situada en la calle del mismo nombre. H y está restaurada gracias a los esfuerzos del Reverendo Cura-párroco don Antonio Romero, secundado por varias personas de significación de la villa. La bendición tuvo lugar en la mañana del 13 del actual, por el Excelentísimo y Reverendísimo Prelado, resultando un acto solemne y grandioso. La iglesia antes tenía una sola nave, y hoy es de tres, siendo de aspecto muy sencillo y hermoso. En el altar mayor aparece el Santísimo Cristo de Vera-Cruz, Nuestra Señora de los Dolores al lado derecho y San Juan Bautista al izquierdo.

Dicho altar estaba adornado con muchas flores y profusión de luces, colocadas con mucho gusto. Al frente y en cada nave lateral hay un altar con las imágenes de María Inmaculada y Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. A las once se celebró una solemne Misa. Fué celebrante el señor Cura párroco.



Salida de la procesión después de bendecida la Iglesia

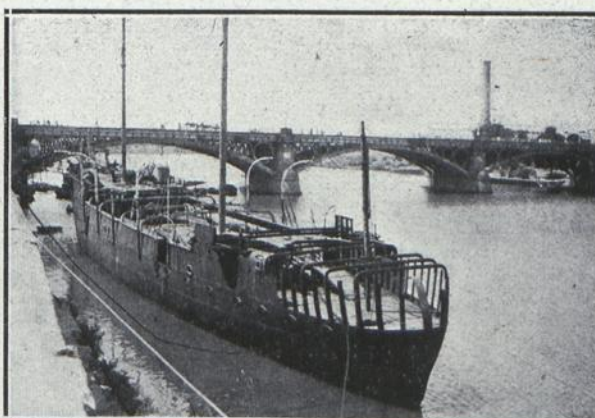
dirigiéndose a la nueva iglesia

A las nueve de la mañana del 13 del actual ocurrió un desgraciado y gravísimo accidente en el puerto de Sevilla. Surto en el mismo se hallaba el nuevo vapor titulado *Bonanza*, perteneciente a la sociedad «Sevilla-Sanlúcar» de los señores Noel. En el departamento de máquinas se hallaban el maquinista Antonio Parrado y los fogoneros Camilo Pleguezuelo y Urbano Prada levantando vapor para zarpar, con motivo de verificarse el viaje de prueba general. Cuando el fogonero Prada trató de cerrar la llave de comunicación que existe en el tubo de alimentación del depósito de agua a la caldera, saltó el ajuste de dicha llave, inundando dicho departamento de agua hirviendo. Cuando los tripulantes se disponían a bajar al departamento para auxiliar a los tres desdichados, aparecieron sobre cubierta el maquinista y el fogonero Pleguezuelo. Ambos fueron conducidos a la casa de socorro y después al Hospital en donde fallecieron. El fogonero Prada falleció en el departamento de máquinas.



El nuevo vaporcito «Bonanza» cuyas calderas explotaron matando al maquinista y dos fogoneros

(Fotogs. O'medo)



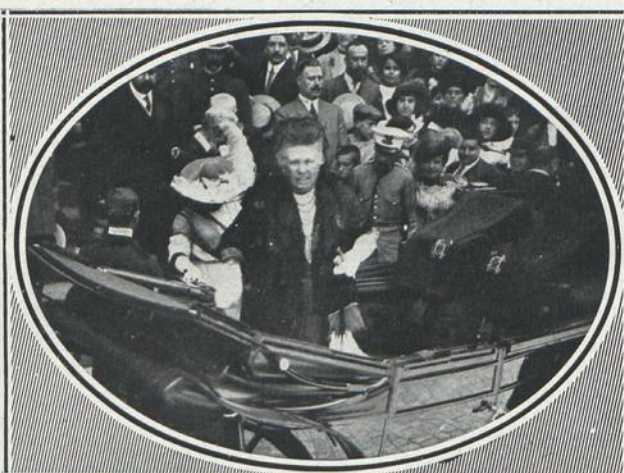
El antiguo e histórico buque de guerra «Marqués de la Ensenada» que se está desarbolando en el puerto



BARCELONA.—La Infanta Isabel a su llegada de Palma de Mallorca.—(Fotog. Sagarra)



El Marqués de Comillas acompañando a la Infanta en su visita al «Infanta Isabel».—(Fotog. B. y C.)



La Infanta Isabel al salir de la Catedral (Fotog. Soler)

El domingo próximo pasado llegó, a bordo del vapor «Jaime I», la infanta Doña Isabel, acompañada de la señorita Bertrán de Lis. El vapor entró en el puerto a las siete, escoltado por varios otros buques, y atracó en el muelle de la Paz. Las autoridades subieron a bordo a cumplimentar a Doña Isabel. Una compañía del batallón de cazadores Alba de Tormes rindió los honores de ordenanza. Desembarcó la infanta a las ocho, y en el coche de la Alcaldía, acompañada del general Weyler y del Alcalde, se dirigió al hotel Colón donde se hospedó, dirigiéndose poco después a la Catedral. Oyó misa en la Capilla de la Purísima Concepción, oficiando el beneficiado Reverendo Don Angel González. Acabada la misa visitó Doña Isabel la Basílica y luego se dirigió al puerto para asistir al almuerzo que en su honor se preparó a bordo del «Infanta Isabel.»



Embarque en el vapor «Denia» de una batería de artillería de montaña destinada a Melilla.—(Fotog. Perez)



MONDOÑEDO.—El señor Obispo dirigiéndose a la iglesia parroquial de Molotes en su visita pastoral

FIESTA EN TARRAGONA

La fiesta de Nuestra Señora del Carmen se celebró en Tarragona con inusitado esplendor. En la iglesia de los Padres Carmelitas hubo Oficio solemne, siendo celebrante el canónigo Sr. Llauder. La capilla de música del Sr. Gols cantó, con acompañamiento de orquesta, una misa del Sr. Llauder. La oración sagrada estuvo a cargo del canónigo Archivero de Lérida Dr. D. José Gaya, demostrando que el Escapulario del Carmen es prenda singular del amor y protección de María. Asistieron al acto las autoridades de Marina y el teniente Alcalde Sr. Soler, dando guardia de honor en el presbiterio varios soldados de dicha arma. Por la tarde se efectuó la tradicional procesión, que recorrió el curso anudado y resultó lucidísima, siendo presenciada por millares de personas. Todos los balcones de la carrera ostentaban colgaduras.



TARRAGONA.—La procesión de Nuestra Señora del Carmen a su paso por la Rambla de San Juan.—(Fotog. Vallvé)



SALINAS DE AÑANA (Alava): Inauguración de la benemérita Congregación Mariana. Momento de jurar la bandera los congregantes



Un salto de agua cerca del Santuario



Vista general del Santuario de Nuestra Señora

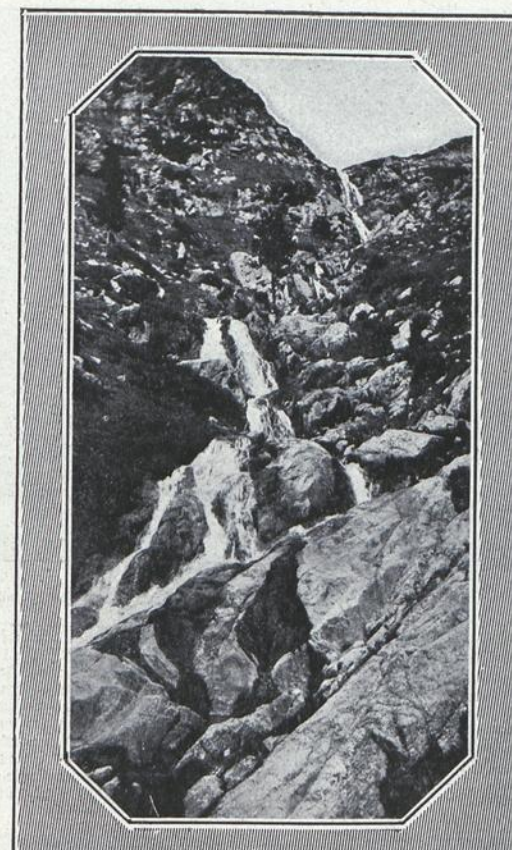
Causa verdadera sorpresa, después de atravesar sitios tan accidentados, encontrar un valle cubierto de nieve durante casi todo el año, en medio del cual está situado el Santuario de Nuestra Señora de Nuria, entre dos corrientes de agua al pie del *Roch ue la Moie*, enorme acantilado que por su configuración parece que ladee su enorme masa encima del santuario. La venerada imagen de la Virgen de Nuria es antiquísima. Es de madera y tiene 50 centímetros de altura. Está sentada en un trono de brazos con respaldo y lleva el Niño Jesús sentado sobre la rodilla izquierda. La belleza y antigüedad de la Virgen no pueden apreciarse, a causa del vestido que desfigura su carácter. La tradición atribuye a San Gil la obra de tan estimada imagen. Se dice que San Gil hizo penitencia en Nuria desde el año 700 al 704, y que, perseguido por Witiza,



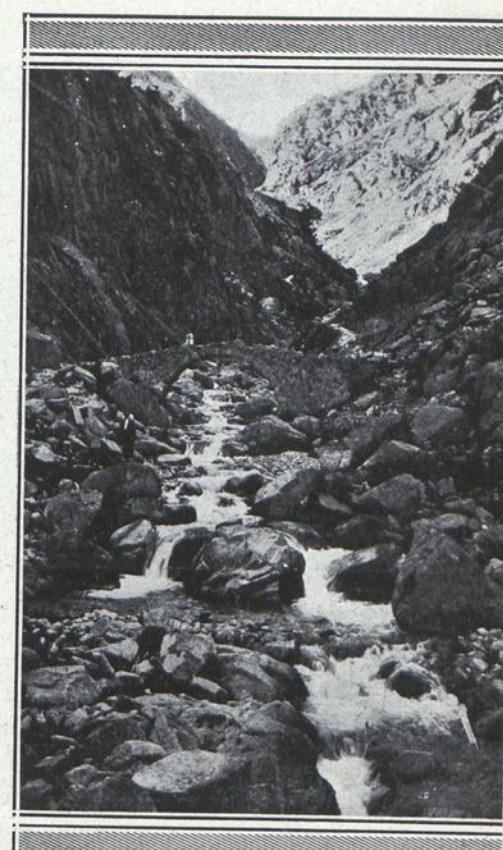
Varios excursionistas comiendo las típicas «farinetas»



Interior de la cueva de San Gil



Agreste camino que conduce al Santuario



Otro aspecto interesante del camino

huyó, escondiendo la cruz, una olla que le servía para condimentar las comidas, y la campana con la que llamaba a los pastores a la oración. Fue encontrada la venerada imagen por unos pastores, los cuales, al ver la perfidia con que un buey daba fuertes golpes en el suelo con las patas, movidos por tan extraño suceso cavaron en el sitio indicado y descubrieron la Cueva con la Santa Imagen, la cruz, la campana y la olla de latón. El Santuario y sus dependencias están agrupados alrededor de un patio cuadrado edificado en tres caras y cerrado por un enrejado en la cara de Poniente. En un ángulo del patio está la antigua iglesia, de pequeñas dimensiones. Fue edificada en el año 1642. Hace poco se construyó una nueva capaz para 1,500 personas.



Salida del Santuario de una de las procesiones

(Fotogs. Boixadera)

LA CATÁSTROFE DE IRÚN



Los motores que chocaron, destrozados



Los coches-tranvías después de la catástrofe

Con ocasión de la corrida de toros y demás fiestas organizadas en Irún, la Compañía del tranvía estableció un servicio extraordinario. A las tres de la tarde se dió salida a dos tranvías especiales. El primero llegó a Irún sin novedad. El jefe de la estación en la villa fronteriza, desconociendo la llegada de otro coche, dió salida a un tranvía con dirección a San Sebastián, y al llegar a la salida del tunel de Elizachu chocó con otro coche que desde San Sebastián marchaba a Irún. Los dos coches quedaron empotrados el uno en el otro de tal modo, que resultó un montón de astillas. Fallecieron en la catástrofe seis personas, y el número de heridos pasó de veinte. Tan pronto como en Irún se supo la noticia, las autoridades adoptaron las medidas necesarias para el envío de socorros. En la vía y en el lugar en que ocurrió la catástrofe, una brigada obrera estuvo trabajando sin descanso para dejar expedita la vía y poder reanudar normalmente la circulación de tranvías. Mucho público, atraído por la curiosidad de ver el triste aspecto de los coches destrozados y salpicados de sangre, se trasladó al lugar del accidente. Se pudo apreciar de cerca la magnitud del siniestro, evidenciándose la violencia del choque en el destrozo de los tranvías eléctricos. Durante todo el día se efectuó el servicio con transbordo.



Sitio de la catástrofe. X Estación de Irún.—(Fotografías, Martín)



Pedro Lafont, herido grave



Sra. de Guillarte, herida grave



Teresa Guillarte, herida grave



Isidoro Guillarte, herido grave



Rafael Ibarrondo, muerto



Dolores Echeverría, muerta



María Guillarte, muerta



Bernardo Asuero, muerto

Los coches averiados procedentes del tren que iba a San Sebastián fueron conducidos a la estación de las Ventas para desde allí llevarlos al depósito de Rentería, y el material destrozado correspondiente al tren que salió de Irún, fué depositado en la vía muerta de la estación. Los carruajes que más sufrieron en el choque fueron los que formaban el tren de San Sebastián, habiendo quedado destruidos, así como los asientos triturados de la sección de clase única, que ocupaba la infortunada familia formada por don Isidoro Guillarte, doña Julia Bilbao y sus hijas Teresa, Luisa y María Guillarte que se dirigían a Irún. Se dió el caso curioso de que los que iban de cara a la marcha del tren, resultaron con heridas de poca importancia, y que, en cambio, los que iban de espaldas a la misma son los heridos más graves.



Corona regalada por el Ayuntamiento de Irún, llevada por los Concejales.
Conducción de los restos de las víctimas al cementerio
llevados en hombros por los bomberos y sostenidas las cintas por personalidades de Irún.—(Fotografías Martin)



Embarque de tropas destinadas a Argeliras

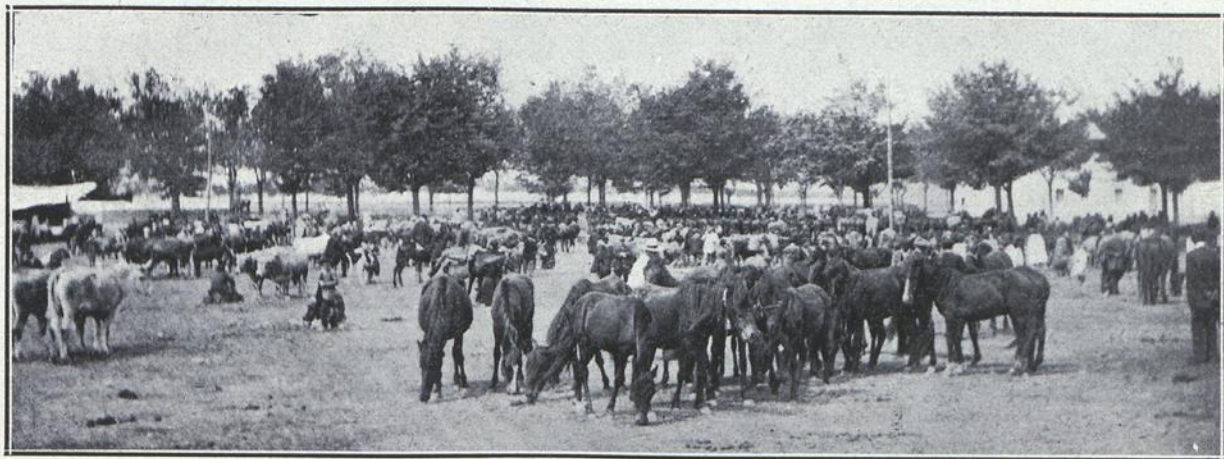


Marcha de las Colonias Escolares a Porta-Cœli



Junta de Damas de las Cantinas Escolares, de la cual es presidenta la Infanta Isabel.—(Fotogs. Cabedo)

PAMPLONA.—FERIA DE GANADOS

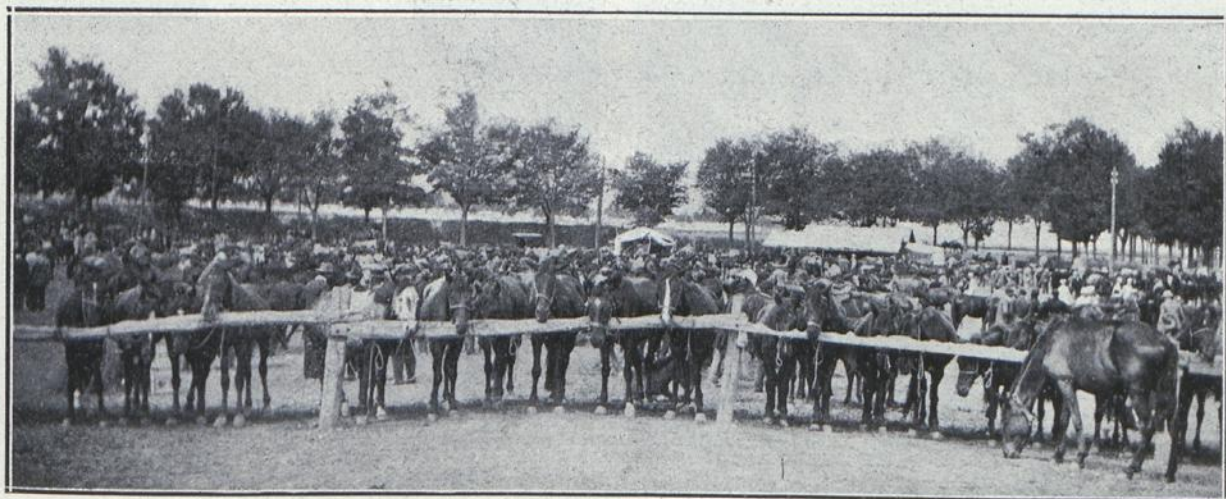


Caballitos navarros, que han sido vendidos a tratantes valencianos



Banquete dado en «Besta-Jira» por los veterinarios navarros

A las siete de la tarde del día 12 del actual dió, en el salón de actos de las Escuelas de San Francisco, una conferencia sobre *La ganadería española y la mejora pecuaria* el Inspector de Higiene pecuaria de la provincia de Madrid D. Félix Gordón Ardás. El señor Aguinaga, presidente del Colegio Provincial de Veterinarios de Pamplona, que presidió el acto, hizo la presentación del Sr. Gordón, el cual desarrolló magistralmente el tema antes mencionado, siendo muy aplaudido al terminar su disertación que duró siete cuartos de hora. Terminada la conferencia, los señores Veterinarios se reunieron en fraternal banquete, servido por el restaurant *Besta-Jira*.



Tipo mayor de ganado caballar.-(Fotogs. Roldan e hijo)



MADRID.—Banquete de los marinos en el «Ideal Retiro»



Reparto de premios en el Hospicio

NOTAS DE MADRID

En la iglesia del Buensuceso, tuvo lugar la solemne fiesta que los miembros de la Armada residentes en Madrid celebraron en honor de su Patrona la Virgen del Carmen.

El templo estaba ricamente engalanado. En un altar portátil, adornado con estachas, farolas, proyectiles, salvavidas, fusiles, remos, anclas y otros instrumentos de mar, destacábase la imagen de la Virgen, a quien daban guardia fuerzas de infantería de Marina. Asistieron el Excelentísimo Señor Obispo de Sión, el ministro de Marina, el capitán general de la Armada Sr. Viniegra, y muchos generales, jefes y oficiales de todos los cuerpos de la Armada. Dijo la misa el teniente vicario de la Armada don Elías Vargas. El sermón estuvo a cargo del Sr. Porqueras, párroco de la jurisdicción de Marina en la corte.

A las ocho y media de la noche reunieron los generales, jefes y oficiales en fraternal banquete en el restaurant «Ideal Retiro», asistiendo 150 comensales.



Abd-el-Aziz y dos PP. franciscanos en su morada de Tanger
(Fotogs. Vidal)

El ex-Sultán Abd-el-Aziz quiere que sus asesores sean los Padres Franciscanos y les consulta siempre en sus áridos y complicados asuntos



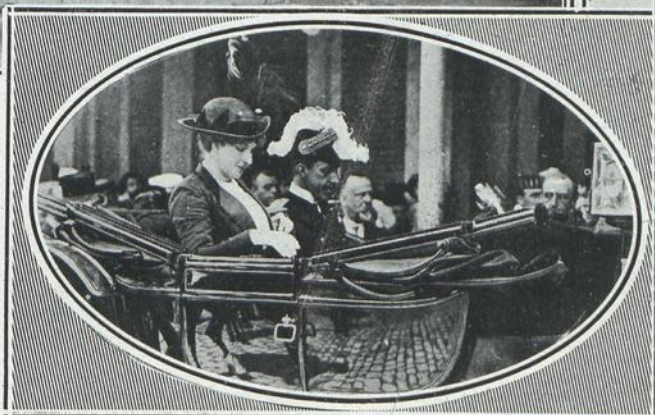
El Ministro de Marina (1), el Almirante Viniegra (2) y representaciones de la Armada, saliendo de la Iglesia del Buensuceso



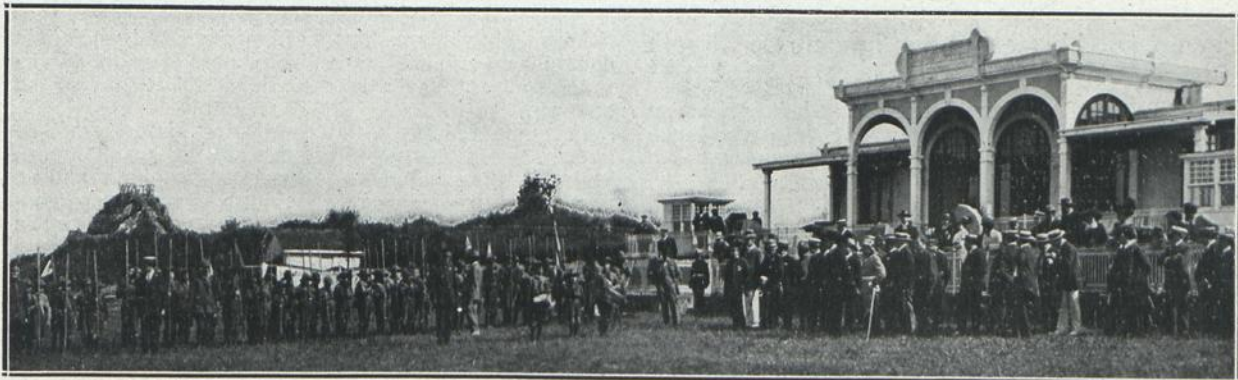
Don Alfonso, el Infante Don Carlos, Doña María Cristina, Ministros y autoridades esperando a Doña Victoria

DE SAN SEBASTIAN

El 18 del actual llegó a San-Sebastián D.^a Victoria. El tren entró en agujas a la hora señalada, y su llegada se anunció con un repique general de campanas. Después de los saludos, la familia real pasó al patio interior de la estación, donde el Alcalde le dió la bienvenida. También se celebró el mismo día la fiesta de los *boy scouts* donostiarras en honor de sus compañeros los exploradores madrileños que asistieron a la reunión celebrada en Londres. Los donostiarras hicieron a pie el camino que media entre la ciudad y el monte Ulía. A mediodía se sirvió un banquete. Pronunciaron brindis el presidente del Comité, el capitán de caballería señor Iradier y el Alcalde. Terminado el banquete, los comensales se trasladaron al tiro de pichón donde los exploradores realizaron diversas evoluciones.



Don Alfonso y Doña Victoria dirigiéndose a Palacio



Los Boy-scouts formados para desfilan ante Don Alfonso



Don Alfonso en la bahía antes de embarcarse para dirigirse al «Hispania».—(Fotogs. Martin)

GOLFO DE GUINEA.—COLEGIO DE BASILE



Religiosas de la Inmaculada Concepción, con sus alumnas indígenas, bordando la bandera de la Guardia Colonial
(De fotografía)

La cueva de Manresa y San Ignacio de Loyola

A orillas del Cardoner y formando un bello anfiteatro hállase la antigua Minorisa, que luego se llamó Atanagra y hoy Manresa, cuyo origen más cierto se debe al romano Escipión.

Un escritor catalán, describiendo la hermosa ciudad, dice que las aguas del río pasan a sus pies «con ruido majestuoso de multitud enfurecida». «Levántanse sobre ellas —añade— en los extremos de la ciudad, dos puentes de sillería, el más antiguo de construcción romana, el otro del siglo XIV, y en medio de estos dos otro de sillería también y otro más de madera. El aspecto que desde éste presenta Manresa es altamente pintoresco. Vese casi del todo aislada, en una altura, a su orgullosa Seo, en cuya torre cuadrada van a morir los últimos rayos del sol poniente... Algo más allá del puente romano álzase, al margen de un derrumbadero, el templo que se construyó en el siglo XVII sobre la *cueva de San Ignacio*, en cuyos sólidos muros, adornados de medias figuras barrocas, que por su inclinación parecen estar mirando como se precipita a sus pies el río, se reconoce a la primera ojeada la mano (así dice) de los Jesuitas, que han querido imprimir el sello de la eternidad en todas sus obras.»

Este templo solidísimo contiene dentro de sus muros la *cueva* en que San Ignacio de Loyola (después de colgar su espada de capitán valeroso, defensor de los muros pamplonenses, en uno de los pilares de Montserrat, para consagrarse por entero al servicio de Dios, según la perfección evangélica) escribió, celestialmente inspirado, el libro inmortal de los *Ejercicios espirituales*.

Es una cueva estrecha, formada por grandes rocas, que sirvió de habitación, durante diez meses, al insigne Fundador de la Compañía de Jesús.

El primer biógrafo del santo Fundador, el clásico padre Rivadeneira, no se detiene a particularizar detalles de la venerada cueva, prefiriendo dar noticias edifican-

tísimas de la vida que hizo en Manresa San Ignacio, sin duda por creerlo más conveniente, para ejemplo de virtudes, que satisfacer la curiosidad del que leyere su historia.

«Llegado a Manresa —dice el ilustre historiógrafo de nuestro gran Santo— se fué derecho al hospital para vivir allí entre los pobres que mendigaban, ensayándose para combatir animosamente contra el enemigo y contra sí mismo. Y lo que más procuraba era encubrir su linaje y su manera de vivir pasada.. Cubría sus carnes con la desnudez y desprecio... Mas porque en peinar y curar el cabello y ataviar su persona había sido en el siglo muy curioso.. de día y de noche trajo siempre la cabeza descubierta, y el cabello traíale desgreñado y sin peinar... Disciplinábale reciamente cada día tres veces y tenía siete horas de oración puesto de rodillas... oía Misa cada día y Vísperas y Completas... Pedía limosna cada día; pero ni comía carne, ni bebía vino; solamente se sustentaba con pan y agua, y esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba. Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos y recibía el Santísimo Sacramento del altar. Tenía tanta cuenta con irse a la mano y tomaba tan a pechos sojuzgar su carne y traerla a la obediencia y servicio del espíritu, que se privaba y huía de todo lo que a su cuerpo pudiese dar algún deleite o regalo..»

«En este mismo tiempo—añade en otro lugar el padre Rivadeneira,— con la suficiencia de letras que tenía (que era solamente leer y escribir) escribió el libro que llamamos de los *Ejercicios espirituales*, sacado de la experiencia que alcanzó y del cuidado y atenta consideración con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas de espíritu, y con tan admirable orden, que se ve bien la unión del Espíritu Santo haberle enseñado y suplido la falta de estudio y doctrina»

He aquí el *lugar* y también el *autor* de los *Ejercicios espirituales*.

LA HORMIGA DE ORO

Año XXX

ILUSTRACION CATÓLICA

Número 30

Las tres salidas por día

—¡Adelita! ¡Adela!
—Ha salido, abuelito.
—¡Ha salido! Con que ¿me han dejado solo contigo, Julieta?
—Aquí está Nini que juega con el perro, y Mariana que arregla la comida—respondió Julieta.

Esta conversación tenía lugar en la azotea de una casita de campo, entre el señor barón de San Andrés, viejo octogenario, ciego y caballero de San Luis, condecorado por la misma mano de Luis XVI, y dos niñas de poca edad.

—Julieta—repitió el anciano después de un momento de silencio—¿no te ha dicho nada tu hermana cuando se ha ido?

—Sí, abuelo—respondió Julieta—me ha dicho: Cuida que Nini no enfade al abuelo, y si quiere pasear por el jardín, dale tú la mano, y ve poco a poco, y separa del camino las piedras que podrían lastimarle los pies, porque él no ve, el pobre abuelo, y Dios le ha dado a nosotros sus hijos para cuidarle, obedecerle, y hacerle cuanto él quiera... ¡Oh! yo sé todo esto de memoria, abuelo, porque Adela me lo repite tres veces todos los días, siempre que sale...

—¿Cómo, siempre que sale! ¿Sale acaso muchas veces?—preguntó el caballero de San Andrés, cuya frente venerable se arrugó por una penosa idea...

—Tres veces cada día—respondió Julieta con aquel sentimiento de pueril orgullo que le infundía la importancia que se daba a sus palabras.

—¡Tres veces al día!—repitió el anciano.

—Bien claro lo digo—replicó Julieta entonada, —tres veces al día: una por la mañana, de siete a nueve, mientras está usted en la cama todavía; otra de doce a una, a estas horas; y la tercera vez de tres a cinco, cuando usted hace la siesta. Ya ve usted que son tres veces al día. ¿No sé yo acaso contar?

—¿Qué hora es?—interrumpió bruscamente el anciano, sin duda para hallar en falso las habladurías de su nieta.

—La una dada, abuelo—contestó Julieta.—Ahora vuelve Adela; oigo que cierra la puerta de la calle, y que habla con el perrito de Nini.

Adela llegaba en aquel momento, muy encarnada, como quien acaba de hacer una larga carrera. Era una esbelta y hermosa joven, rubia y modesta; notábase en sus facciones un velo de tristeza que parecía eclipsar la flor de su juventud; en la palidez de su frente leíase un sentimiento profundo que dominada al parecer todos sus pensamientos.

—¡Adela!—dijo el anciano con voz tan severa que la joven se ruborizó.—¿En dónde estás?—Y alargando la mano encontró la de Adela que se había ade-

lantado hacia él, la palpó, la tomó entre las suyas, y al fin exclamó:—Estás agitada, conmovida, tiembles... ¿De dónde vienes?

La joven no respondió.

No obteniendo respuesta, el barón de San Andrés continuó, y esta vez notábase en el pausado y triste acento con que pronunciaba cada una de sus palabras, un profundo sentimiento de pesadumbre.

—En 1813, Adela, hallábame viudo, y de mi numerosa familia no me quedaba más que mi pobre hija Enriqueta, madre tuya, tu padre herido en Waterloo, y por lo mismo inválido, y tú que tenías entonces doce años... Adela—añadió el anciano con fuerza—por todas mis crueles angustias pasadas y recientes siempre, por mis canas... dime... ¿de dónde vienes?... ¿dónde vas tres veces al día?...

—Padre mío—dijo Adela—no tengo más que dieciséis años, es verdad; pero la desgracia ha pasado por mi frente, joven aún, y ya triste y arrugada... Hace tres años que mi madre murió, y tengo siempre delante de los ojos aquel triste suceso, como si hubiese acontecido ayer; aun oigo su voz apagada reanimarse un momento para decirme: «Adela, te dejo a mis dos hijas, sé su madre, y a mi padre... otro ser confiado a ti... guía a las primeras en la carrera de la vida, muéstrales las espinas y peligros... oculta al segundo todo cuanto pueda afligirle...» Salgo tres veces al día y esto le atormenta a usted; pero sin considerar que soy madre de familia, ama de casa... y aun más, la que sirve a todos ustedes. ¿Y mis deberes no pueden tenerme fuera de casa tres veces al día? Tenga usted fe en la hija de su Enriqueta, mi buen abuelo... crea usted en ella.

—Esto es todo lo que yo deseo, y lo que codicia mi corazón, hija mía... Bien, bien, ahora ¿a has vuelto; hoy no volverás a salir, ¿no es verdad?... ¿No respondes, Adela?

Adela permaneció un buen rato de pie apoyada en la pared de la azotea que daba a la carretera, ya examinando con inquietud la frente arrugada y angustiosa de su abuelo, ya siguiendo con tierna solicitud los graciosos movimientos de Julieta paseando su muñequita, y aun los más infantiles de Nini, que jugaba con el perro al cual agasajaba, ofreciéndole y retirándole al mismo tiempo su tostada de pan con manteca. Después hizo a los niños una señal de adiós y discreción, y se deslizó ligeramente fuera del bosquecillo.

Un cuarto de hora después, Julieta la vio con su sombrero y sus guantes en la mano atravesar el jardín, abrir la puerta de la calle, y volverla a cerrar sin hacer el menor ruido.

El fino oído del anciano había apre-

ciado, y como quien dice seguido todos los movimientos de su nieta, y cuando desapareció detrás de la puerta, dijese para sí como si la hubiese visto:

—¡Ha salido otra vez!

Luego, como para calmar la inquietud que le dominaba, dijo a Julieta que fuese a buscar a la jardinera para que llevase a Nini a paseo, y añadió: toma al mismo tiempo el diario de encima de la mesa del salón, y vendrás a leerme el artículo de espectáculos, que esto nos divertirá a los dos.

Julieta obedeció; un momento después, Mariana con Nini salió por la puerta que daba al bosque de Boloña, y Julieta, sentada en un taburete a los pies de su abuelo, leía con su pequeña voz dulce y clara el artículo ya indicado.

Apenas había acabado la primera columna, oviéronse recios golpes a la puerta del jardín.

—Nadie podrá abrir—dijo la niña interrumpiendo su lectura;—Mariana está fuera.

—Ve, pues, tú—dijo el barón de San Andrés.

La puerta no estaba tan lejos del terrado, que el anciano dejase de oír el siguiente diálogo entablado entre la voz de Julieta y otra de mujer extraña.

—¿No vive aquí, hija mía, una maestra de piano?

—No, señora.

—Aquí debe de ser sin duda; me han dado las señas exactas de esta casa. Tal vez sea una inquilina que tú no conoces, niña.

—En toda la casa no somos más que mi abuelo, que es ciego—replicó Julieta, con tono de una niña que no permite se pongan en duda sus palabras;—después Adela, mi hermana mayor; después Mariana, que hace la cocina; después su marido, que es jardinero; después mi hermanita Nini; después el perro, yo y nadie más. Pero a veces viene aquí una maestra de piano que se llama la señorita Díez; tal vez sea esta la que usted desea encontrar.

—Se me ha dicho la señorita Adela de San Andrés, que da lecciones de piano en casa de...

—Señora, yo no miento nunca—interrumpió Julieta con impaciencia—mi hermana mayor Adela no es maestra de piano; mire usted si lo sabré bien cuando es mi hermana.

—¿Es aquí donde vive el señor barón de San Andrés?—preguntó un joven acercándose a la puerta entreabierta.

—Sí, señor—contestó Julieta.

—Entonces aquí está también la persona por quien pregunta usted, señora, y sin duda el señor barón de San Andrés es el anciano que allá estoy viendo.

Y con grande admiración de Julieta,

que se desentrañaba para probar que su hermana no era maestra de piano, adelantóse el joven hacia el anciano ciego, y después de haberse asegurado otra vez que hablaba con el barón, añadió:

—Señor barón, tengo el placer de anunciar a usted, que se le ha devuelto su paga.

—Me habrá tomado usted por otro seguramente, caballero — contestó el barón — porque mi paga jamás me ha sido quitada, ¿cómo quiere usted que se me devuelva?

El joven oficial continuó con ademán de admiración:

—¿No es usted el barón de San Andrés, que sirvió en tiempo de Luis XV, de Luis XVI, en la guerra de la Vendée, que ha perdido diez hijos en las guerras del imperio?..

—Sí, señor — contestó el anciano.

—Su nieta de usted, la señorita Adela de San Andrés, ¿no da lecciones de piano en casa del ministro de la Guerra, a mi hermana, en fin?..

—Explíquese usted, caballero, explíquese usted — exclamó el anciano. — Mi perdida posición... Adela... sus tres salidas al día... ¡Oh, por favor, explíquese usted!..

—Es cosa muy sencilla — repuso el joven; — pero ¿cómo ignora usted todo esto? Es el caso que yo tengo dos hermanas, y hará cosa de un año, buscando una maestra de piano en Passy, se ofreció la señorita Adela. Venía recomendada por la condesa de Bricourt, a cuyas hijas también enseña. Últimamente, sabiendo que yo estaba empleado en el Ministerio de la Guerra, y que era sobrino del ministro, la señorita Adela me contó que hace dos años la pensión de usted fué suspendida sin saber por qué... y luego añadió: como ni un anciano ciego... ni una niña como yo no hayamos podido practicar las diligencias necesarias para saber al menos la causa... — Yo me encargo de ella, la dije, se lo prometo a usted. — No he faltado a mi palabra, y hoy tengo la dicha, no sólo de devolver a usted el decreto de la pensión, sino también las pagas atrasadas.

—¡Oh, Adela, digna y noble muchacha! — exclamó el anciano, elevando al cielo sus grandes ojos. — ¡Oh, hija mía!.. ¡tan injustamente acusada! Me lo había ocultado todo, todo, hasta el forzoso trabajo que se había obligado a hacer... ¡Oh! ¿dónde está?... ¡id a buscarla!.. — Y como tardaba en venir, el barón de San Andrés contó todo lo que había pasado aquella misma mañana en la azotea en que se hallaba todavía. El acento del anciano iba acompañado de una emoción febril que se comunicaba a los asistentes.

—¡Oh, señor barón, daré a usted sobre mi familia todos los informes que pueda usted apetecer... Concédame usted a Adela por esposa!

En este momento un grito de alegría

Receta para nuestra regeneración. Menos horas de café y más horas de trabajo; menos licores que no producen más que borrachos degenerados y tuberculosos, y más Licor del Polo, que produce salud y bienestar.

de Julietta anunció que estaba de vuelta Adela. Al ver a las dos personas que rodeaban al anciano, paróse tímida y avergonzada; pero el buen abuelo, llamándola y abrazándola, le dijo: — Todo está descubierto, bribonzuela, y aquí tienes un marido que quiere separarte de mí.

—¿Este caballero? — dijo Adela con timidez y firmeza al mismo tiempo — ¿querrá encargarse a la vez de un abuelo y dos niñas, de cuya felicidad debe responder delante de Dios?

— Todo, con tal que quiera usted hacer la mía, señorita.

Adela ha dado estado a sus dos hermanas, y hoy día es una de las señoras más distinguidas de la capital. Sólo hace dos años que el barón de San Andrés ha dejado de existir en sus brazos, dándole su última bendición.

VARIEDADES

A favor de los marineros. — La fortuna exacta del Kaiser. — Jefe musulmán en el Vaticano. — La «Grand Opera» de París. — La electricidad y el hambre.

No estarán ya en adelante sin asistencia religiosa los marineros bretones que asisten a la pesca del bacalao al mar de Islandia, durante los largos meses del año que allí pasan sin comunicarse con el continente. Los Franciscanos, noticiosos de las muchas desgracias que entre ellos causan los temporales, se han prestado a acompañarlos a alta mar, a fin de que no carezcan en caso de peligro de los consuelos de la Religión. A este fin, boga entre sus muchas embarcaciones la barca *San Francisco*, destinada a los Religiosos y que hace las veces de capilla. En ella se dice la Misa al aire libre, cuando el tiempo lo permite. En los días de fiesta las embarcaciones corren presurosas a rodear la lancha capilla, para que los marineros asistan desde ellas al Santo Sacrificio, ofreciendo con esto un espectáculo originalísimo y conmovedor en medio de las silenciosas inmensidades del Océano.

Rectificando los datos publicados por algunos periódicos, «Heer und Politik» (Ejército y Política) publica otros más exactos y completos acerca de la fortuna de los soberanos de la Confederación germánica.

Procuran al Kaiser 13 millones de marcos de renta anual sus 90 propiedades y castillos. Su lista civil es de 10 millones de marcos. Dispone además de un fideicomiso de la Corona cuyo capital es de 17,719,000 marcos.

Débesse contar lo que en Prusia se llama «el tesoro de la Corona»: se trata de las economías hechas por el Rey Federico Guillermo III y que están capitalizadas. En 1840, fecha de la muerte de este Rey, sus ahorros eran cinco millones de talers; esto es, 15 millones de marcos. De estos, tres millones son inalienables; pero el Emperador puede disponer del resto como le plazca.

A la nota publicada hace pocos días respecto a la fortuna de algunos Príncipes alemanes, hay que añadir lo que reciben de sus Estados en concepto de lista civil. El Rey de Wurtemberg,

2,064,544 marcos; el de Baviera, 5 millones 402,476; el de Sajonia, 3 674 927; el gran duque de Baden, 1,930,000; el de Hesse, 1,320 000; el de Mecklemburgo-Schwerin y el de Oldemburgo, 1,200,000 cada uno; el de Sajonia Weimar, 1 millón 020,000; el de Sajonia-Meningen, 394,286; el Príncipe de Schwartzburgo-Sondershausen, 517 420 y el de Scwortzburgo-Rudolstadt, 396 367 marcos.

Mohamed Ali Elmi, uno de los jefes de los Senoussis, la gran secta musulmana de Africa, a su paso por Roma, solicitó y obtuvo una audiencia de Su Santidad, quien le preguntó qué pensaban sus correligionarios de los cristianos, a lo cual contestó aquél que los musulmanes ilustrados tienen un gran respeto a la religión de Cristo, a quien consideran como a un gran Profeta, y que no son hostiles a la dominación de los cristianos en Africa.

Al salir de la audiencia y ser preguntado de la impresión que su visita le había causado, contestó: «que le había impresionado tanto la grandeza de la Iglesia católica como la sencillez de su anciano y venerable jefe.»

Una estadística publicada por la dirección del Teatro de la Opera de París da a conocer el número de obras nacionales y extranjeras representadas en aquel escenario durante el último decenio.

En 1900, año de la Exposición Internacional, se dieron en la *Grand Opera* ciento cuarenta y tres representaciones de obras francesas y noventa de extranjeras; en 1901, 109 y 84; en 1902, 86 y 103; en 1903, 111 y 106; en 1904, 93 y 104; en 1905, 85 y 83; en 1906, 92 y 98; en 1907, 142 y 48; en 1908, 87 y 96; y en 1909, 109 y 83.

Como se ve, han ido en progresión creciente las representaciones de óperas extranjeras sobre las francesas, faltándose casi únicamente a este hecho en el año 1907 debido al gran éxito logrado por la obra *Ariane*, del maestro Massenet.

En la temporada de 1910-11 las óperas que mayores rendimientos produjeron a aquel teatro fueron dos extranjeras, *El ocaso de los dioses*, de Wagner, y *Salomé*, de Strauss, la cual en veinte representaciones rindió 440.000 francos de utilidad.

La electricidad está llamada a hacer desaparecer el hambre. Tal es la profecía del profesor Begonie, quien ha explicado su método ante el congreso de la sociedad para el adelanto de la ciencia, cuyas sesiones tuvieron lugar en Nimes.

El profesor Begonie recuerda los experimentos del Profesor Berthelot, quien aseguraba que de aquí a una generación los bifeches y otros alimentos serían substituidos por pequeñas piladoras que contendrían las necesarias sustancias para el sustento de la persona. El Profesor Begonie añade que la electricidad por medio de un tratamiento racional, hará aquello que no ha podido hacer la máquina. Así, pues, pronto veremos recetar cinco corrientes eléctricas, a intervalos de siete segundos, en vez de sopa.

Sección bibliográfica

La peregrinación de la lealtad.—*Don Jaime en España y los jaimistas en el extranjero.*—Episodios y recuerdos de una hermosa gesta, por **Domingo Cirici Ventalló**.

Es una vibrante crónica de la famosa peregrinación, efectuada con motivo de la traslación de los restos del caudillo carlista D. Rafael Tristany, que perpetuará gratísimos recuerdos de la Comunidad jaimista.

Múltiples y variados episodios de la abnegación y del entusiasmo descritos con pluma cálida y brillante, resultan altamente sugestivos y hacen participante al lector de la intensa emoción producida por heroicos hechos y sentidas escenas que dejan en el ánimo impresión profunda.

Por esto interesará considerablemente a muchos y muy distintos elementos, y, desde luego y en primer lugar, a los que formaron parte de la expedición,

La debilidad nerviosa, la falta de apetito y la depresión orgánica se curan rápidamente con el VINO ONA.

pues por ella reavivirán gratos recuerdos, y en segundo lugar puede servir para alentar a los pesimistas que al considerar los arrestos que se requieren para desbaratar los planes sectarios maquinados contra nuestra fe religiosa, creen que la situación de España es casi tan deplorable como la de Francia y la de Portugal.

Bibliografía d' en Manuel Milá y Fontanals, per Josep Roig i Roqué. Primer premi d' honor ofert per S. M. Alfonso XIII en el Certamen del Centre Agrícola del Penedès de 1912.—*Llibreria Religiosa.*—Barcelona, 1913.

Una bibliografía completa de Milá es muy difícil, por no decir imposible, de conseguir, por cuanto por espacio de muchos años, y en varias publicaciones aparecieron trabajos suyos en gran parte anónimos.

Para conseguir aquella condición, en cuanto le fuera dable, el Sr. Roig ha revisado pacientemente colecciones de periódicos existentes en las bibliotecas de Barcelona y en la Nacional de Madrid y así ha conseguido ampliar mucho las intentadas anteriormente, de mane-

ra que hoy puede ya apreciarse debidamente la formación del espíritu de aquel coloso de nuestra literatura.

Curso de Geografía, por P. Vidal de la Blache y P. Camena d' Almeida. Adaptado a las necesidades de España y América, por Antonio Blázquez. Volumen I: la Tierra. Ilustrado con 125 grabados.—Barcelona, Herederos de Juan Gili, Editores.—Cortes 581.—Año 1913.

El sumario de este volumen indica la complejidad y riqueza de su contenido y la perfección de su método.

Libro I.—El descubrimiento de la tierra.—La Ciencia Geográfica.

Libro II.—La Tierra en el Universo.—El globo terrestre actual.—Elemento sólido. Minerales.—Elemento líquido.—Elemento gaseoso.—Aguas corrientes.—Costas.—Floras y faunas.—Modificaciones actuales de la tierra.

Libro III.—El hombre.—Población actual del globo.—El hombre y la naturaleza.—Grandes rasgos de la geografía económica del globo.—El mundo económico actual.

Sólo resta afirmar que tales materias

Núm. 31

CULTURA POPULAR

tenemos en funciones dispuesto a celebrar una interview con el de las sillas que, publicada después en el P., podía ser tan interesante como las crónicas que escribe el Duende de la Colegiata

—Dígame V., buen hombre—dice encarándose con el de las sillas—¿qué hace ese grupo de gentes que están allí; unos van, otros vienen; allí veo un señor sacerdote...?

—¿Pues no lo ve V.? se confiesan

—¿Y todos estos hombres se confiesan?

—Todos estos hombres y todas estas mujeres. Y mire allá: cuatro confesonarios más, llenos de gente, y vea usted aquella capilla: seis confesonarios con multitud de personas que esperan su turno. Si tiene V. que confesarse no pierda tiempo.

—Permítame otra pregunta: ¿no nota V. que disminuye el número de los que confiesan y comulgan?

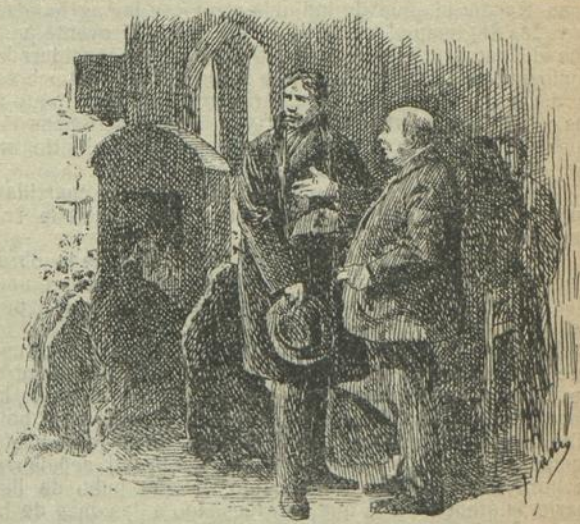
—¡Ca! No, señor, de ninguna manera: al contrario. Desde la semana trágica el número de personas que se confiesan ha aumentado; pero notablemente. En esta iglesia comulgan, por término medio, todos los días festivos, novecientas personas, y esto que no es de las iglesias más céntricas.

Tellez se retiró algo mohino y aumentó su preocupación el ver que en otra calle de los arrabales, un barrio esencialmente popular, era también mucha la gente que iba en dirección a la iglesia. Llegó a ocurrirle que lo menos que exigía la honradez periodística era cambiar el título y en vez de «La muerte del viejo catolicismo» poner «La invasión clerical», y adicionar al artículo un final de fuertes tonos, arreciar de firme contra curas e iglesias, contra tanto fanático que va a confesarse. Pero esto no encajaba bien dentro de su artículo: se veía precisado a volverlo del revés, y no sabemos si se le ocurriría lo de aquel sargento que decía a sus quintos:

—«¡Oído, muchachos! Media vuelta a la izquierda es... exactamente lo mismo que media vuelta a la derecha; sino que es todo lo contrario.

Persuadióse de que siendo la hora de mandar el artículo a la imprenta no había modo de cambiarlo y lo dejó tal como estaba.

—Después de todo—se dijo,—los nuestros tienen tales tragaderas que con tal que les demos carne de cura...



CON TAL QUE LES DEMOS CARNE DE CURA...

Ya tenía Tellez escrito el artículo que el diario radical el P... había de publicar a la mañana siguiente. No hay que decir que esta vez estaba muy satisfecho de su trabajo.

Repasó las cuartillas y se persuadió de que el tal artículo era una obra maestra, que con un trabajo como aquel se ganaría fácilmente un puesto de concejal en las próximas elecciones.

Estaba sobre todo enamorado de la última cuartilla que volvió a leer con fruición. Decía así:

«Negar que la Religión está agonizando sería cerrar los ojos a toda evidencia. Para vivir la Religión necesitaba respirar el ambiente de la Edad Media; aquellos tiempos semibárbaros eran sus tiempos. Hoy los esplendores de la ciencia la han cegado, ya no sabe donde poner el pie, abandonada de las monarquías y de las repúblicas; a la

se estudian con la mayor claridad y solidez en tan interesante libro, y que éste, por sus perfectas condiciones de sugestión, puede pertenecer a la llamada literatura estimulante.

Ante el verdadero retrato de Cervantes (Soneto)

Como el manchego cielo, despejada su frente, irradia lúcidos fulgores; mas la surcó el rejón de los dolores como a su tierra hidalga y maltratada.

Oscila indiferente la mirada de sus ojos tristosos, soñadores, cansados de buscar gloria y amores, hastiados de escribir con luz cansada.

Su barba puntiaguda, su aguiluña nariz, saben decir que odio y espanto le causa concebir cosa pequeña.

A este Ingenioso Manco de Lepanto que su generación, torpe, desdeña y, justa, la presente ensalsa tanto.

DOMINGO MELERO BOLDOVA.

LAS MUJERES débiles, las inapetentes, las que están criando, se fortifican rápidamente con el VINO ONA.

MISCELANEA

Dos joviales alemanes proyectaron burlarse, al entrar en un pueblo de Francia, del cobrador del octroi, esto es, el impuesto de consumos. Al preguntarles éste si tenían algo que declarar, dijeron que llevaban tres litros de vino.

—¿Dónde están?—dijo el consumero.

—Dentro de nosotros—contestáronle riendo.

—Esperen, que voy a ver la tarifa.

Y leyó en alta voz: «Vino en barril, 30 francos; en botellas, 10 francos; en pellejo de cerdo, libre.» Y dirigiéndose a ellos:

—Pueden pasar. Ustedes no pagan.

Una niña, a quien su madre le explica que los peces grandes se comen a los chicos, pregunta:

—¿Y también comen sardinas?

—Sí, hija mía.

—¿Y cómo lo hacen para abrir la lata?

Dos mozos de labor, que se han quedado a dormir en la era, contemplan una hermosa luna llena de estío, obser-

vando con fijeza las manchas del astro nocturno.

—Chico, ¿será verdá que también vive gente en la luna?

—Yo no lo creo.

—Pus yo sí, porque cuando lo ice don Menino el albéitar que es tan agudo, verdá será.

—Pero, abugo, ¿cómo quíes que vi- van ahí, si tendrían que andar de ca- beza?

—Pué que les convenga andar así mejor que de pie.

—Y antiparte, ¿dónde te paice a tú que podrá metese la mitá de la gente cuando la luna se queda en cuarto menguante?

En el domicilio de un banquero en quiebra.

—¿El señor, está en casa?

—No, señor; ha salido.

—¿Tardará mucho en volver?

—Veinticinco años.

Agua de Colonia de Orive. Bouquet especialísimo mejor que las extranjeras de precios elevadísimos. Para prueba, 3 reales frasco.

Religión, nuestra atmósfera de progreso, de libertad, le produce la asfixia. Se realiza hoy lo que ya predijo el gran Renán: el agua de la lluvia atraviesa las agrietadas bóvedas del templo, y no moja la cabeza del creyente porque el Santuario está desierto, la confesión es considerada como una estupidez que no cabe dentro de las costumbres modernas, la lámpara del santuario arde solitaria junto a los comulgatorios abandonados, y pronto las artísticas riquezas que utilizaba para su liturgia tendrán un sitio en los museos donde van a parar las cosas muertas...

Tellez pone su firma en el artículo, mete las cuartillas en la cartera y se dirige ufano y triunfador hacia la redacción.

Ya en la calle, mientras siente la fruición de la obra maestra que ha brotado bajo su pluma, aun le ocurre una idea preciosa, colosal: será el golpe de gracia; será la papeleta de defunción de la Iglesia católica.

El reloj de la Catedral acababa de dar las once. Aunque Tellez contó las campanadas porque no estaba seguro de la hora, no se le ocurrió pensar que no obstante la papeleta de defunción de la Iglesia que él traía en el bolsillo, aun en Barcelona había Catedral, en su torre había campanas y reloj, y aun las campanas del reloj señalaban la hora. Esto le pasó inadvertido; lo que hubo de llamarle la atención fué que, atravesando a las once de la noche una calle no muy concurrida, viese multitud de gente siguiendo una misma dirección.

—¡Si saldrán del teatro!—se dijo.

Pero ni por allí había ningún teatro, y de haberlo no era aquella la hora de la salida.

A poca distancia de Tellez iba un caballero envuelto en un gabán, y dispuesto Tellez a sacar su credencial de periodista que le autorizaba a dirigir preguntas al primero que se le ocurriese, se acerca al caballero y le dice:

—Dispénsame V., caballero, ¿es que se celebra por ahí algún mitin?

—No sabría decírselo a V.; soy de estos barrios y no he oído decir que se celebre mitin alguno.

—Es que me llaman la atención tantas personas que van o vienen de algún lugar determinado.

—Van donde voy yo; van a la iglesia... a oír la Misa de media noche.

—¿Por la noche se dice Misa?

—La noche de Navidad, sí; ¿esto no sabe V.?... Ea, con Dios, amigo. Tengo todavía que confesarme antes de que empiece el Oficio.

Tellez se quedó mirando al caballero que precipitó el paso, mientras él se decía para sus adentros:

—Hé aquí uno que todavía se confiesa.

Picóle la curiosidad al ver la mucha gente que entraba en el templo, y Tellez se metió también allí.

Hacia muchos años que no había pisado el suelo de una iglesia; no hizo su Primera Comunión, y ni siquiera había confesado nunca. El lo que conocía era La Casa del Pueblo, le Moulin Rouge, la Gran Peña donde pasaba la noche con otros compinches ¿pero iglesia? Aquello era para él un mundo nuevo era otra gente, otras caras muy distintas.

Faltaba media hora larga para principiar el Oficio y ya el templo estaba casi lleno. Tellez se sentó en una silla que estaba cerca de la puerta. Empezó allí a mirar sin saberse dar cuenta de lo que veía, y distraído estaba mirando la bóveda, cuando percibe que le están golpeando la espalda. Era el encargado de las sillas.

—¿Qué querrá ese hombre?—se dijo Tellez.

El de las sillas extiende la mano.

—¿Qué se le ofrece?

—Me hace V. el favor?...

—¿De qué?

—La limosna de la silla.

—¿Se pagan aquí las sillas que se ocupan?

—Pagarse no; se da una limosna de cinco céntimos.

—Soy periodista.

—¿Qué quiere V. decir con que es periodista?

—Los periodistas no pagamos en ninguna parte.

—Excelente oficio si nunca pagan.

El recaudador iba a pasar hacia los que ocupaban otras sillas.

—Yo puedo seguir sentado, no es así?—le pregunta Tellez.

—Ya he dicho a V. que los céntimos que se dan son una limosna.

El de las sillas continuó su tarea y Tellez siguió, pues, sentado.

Unos minutos después se sintió impaciente, se levanta para marcharse cuando advierte un grupo de personas que estaban junto a una especie de casita o armario y en él sentado un cura; se arrodillaba ante el cura un hombre, después se levantaba, iba otro y otro...

Tellez, uno de esos paganos de los que se encuentran hoy algunos ejemplares en las grandes capitales, aunque como periodista se figuraba saber de todo, no sabía qué era esto de confesarse. Saca su cartera, su lápiz y ya le